

DE SENECTUTE: LA VEJEZ EN EL PENSAMIENTO CLÁSICO

ANTONIO MARÍA MARTÍN RODRÍGUEZ
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

*Para Eugenio Padorno, a quien la isla
mantiene siempre en su música envuelto*

Supongo que todos los que tenemos ya cierta edad habremos pasado por una experiencia semejante, pero la mía tuvo lugar en los primeros días de 2004; recuerdo bien la fecha porque poco después tuvo lugar en Madrid un atentado que cambiaría el futuro de España. Ese día mi hija me comentó que una profesora había tenido un niño, y que habían enviado a una sustituta. Le pregunté, por decir algo, si era joven o vieja, y mi hija, entonces muy niña, respondió sin vacilar: *Vieja*; y, tras un breve silencio, añadió: *Como tú*. Así que yo ahora era ya un viejo. Afortunadamente, unas semanas más tarde, después del inesperado triunfo electoral del Partido Socialista, oí decir que Rodríguez Zapatero cumplía una de las condiciones necesarias en un líder de la oposición para poder desbancar al partido en el gobierno: ser lo bastante joven para que los nuevos votantes no lo tomen por marciano, y lo suficientemente maduro para que los más viejos puedan considerarlo su yerno. Como el presidente del gobierno y yo somos prácticamente coetáneos, resultaba ahora, después de todo, que yo era aún joven.

Es probable que el lector no avezado en tiquismiquis lingüísticos se esté preguntando si la lengua española no traza una distinción clara entre los términos *joven* y *viejo*, o, simplemente, si lo que no siempre está claro entre los hablantes es en cuál de esos dos casilleros se debe colocar a cierto tipo de individuos. No está de más recordar que, por ejemplo, el hecho de que en el crepúsculo no tengamos muy claro si debemos decir que es de día o de noche no implica que en nuestra lengua no se distingan claramente esos dos conceptos, sino que en determinadas circunstancias nos resulta difícil diferenciarlos. La lengua española tiene dos términos muy claros para designar a la persona que aún no ha alcanzado del todo la madurez, a la que llama *joven*, y a la que está ya avanzada en la cuesta abajo, a la que denomina *viejo*. Lo que no tiene es un término específico para designar a los que se encuentran en tierra de nadie entre esos dos extremos. De ahí que a un individuo situado en ella unos lo consideren viejo, pero otros, joven, y de ahí también que se produzca una curiosa

distorsión, que hace que los muy jóvenes coloquen la frontera en la que se es ya viejo muy pronto, como hizo mi hija, y que los que ya no son tan jóvenes, al contrario, tiendan a situar el comienzo de la vejez en una edad cada vez más avanzada. Por otra parte, la oposición entre juventud y vejez es también una cuestión de escala. Un futbolista de 32 años es un futbolista viejo, pero un coronel de 32 años es un coronel extremadamente joven. Otra cosa curiosa es que es raro que algún joven anhele convertirse en viejo, a no ser los niños pequeños, a los que les gustaría tener más años para poder hacer lo que deseen (los pocos, claro está, que aún no lo hacen); pero estos niños desean ser *mayores*, no *viejos*, que es cosa distinta. En cambio, no habrá viejo o persona ya mayor a la que no le guste que la traten como a un joven, y no digamos que lo tomen por tal.

Resulta, por lo demás, curioso que, frente a esa inexistencia de un término que designe claramente al que ya no es joven pero aún no es viejo, los ámbitos semánticos de la juventud y de la vejez cuentan —o, al menos, contaban hasta hace bien poco— con diversas denominaciones que gradúan de algún modo sus contenidos. Para referirse a la vejez, por ejemplo, hasta hace unos años se usaban regularmente dos términos que indicaban dos grados distintos de ella: *viejo*, el término genérico, y *anciano*, que designaba su grado extremo. Por su parte, para referirnos a la juventud, la etapa de la vida que, precisamente, pasa más rápido, tenemos nada menos que tres términos graduales: *niño*, *adolescente* y *joven*, si es que no introducimos en la etapa inicial un cuarto término, el hoy ya muy extendido *bebé*. Pero es curioso que ni los niños quieren que se los considere como niños, ni los adolescentes como adolescentes. Se diría que estas subdivisiones son sucesivos frenos que pretenden poner los adultos a los más jóvenes para ir soltando lo más lentamente posible su poder al principio omnímodo sobre ellos. Una cosa muy diferente, en cambio, ocurre con la palabra *joven*. A ningún joven, en efecto, le desagradará que lo consideren como tal, y mucho menos a alguien que no sea ya joven. Se diría, pues, que la juventud es el único de los términos de edad que tiene prestigio, tanto para aquellos que la tienen, como para los que ya no la tienen. *Juventud, divino tesoro*, dijo con razón Rubén Darío.

Cuanto acabamos de decir para la cultura española parece, en principio, extensible a cualquier otra. En todas ellas, en efecto, parece evidente que, mientras que el joven tiene mucha vida por delante, el que ya no lo es tanto, en cambio, la tiene más bien por detrás; que el cuerpo se deteriora con los años; que el vigor y la belleza se marchitan; que aparecen poco a poco disfunciones orgánicas... Es verdad que existe en la literatura europea, desde sus orígenes, el tópico del “niño-viejo” (Curtius 1948: 149-153), el niño que, pese a su corta edad, se comporta con el buen sentido, la moderación y la sensatez de un anciano, pero mucho más común y popular es el escarnio del viejo que quiere comportarse como si fuera un joven, y que acaba recibiendo su merecido y aprendiendo, con amargura, que sus buenos días ya han pasado, y que se supone que debe limitarse a vegetar y contemplar cómo los otros viven, atontujado en su braserito hasta que la sepultura lo llame.

Pero, si hay una cultura en la que la vejez, la experiencia y la veteranía ocupaban un lugar de prominencia social, esa cultura no es otra que la de la antigua Roma. En ella, por

ejemplo, la costumbre, la ley no escrita, pero tan importante o más importante aún que ella, se llama, precisamente, el *mos maiorum*; el *pater familias*, al menos en los primeros tiempos, gozaba de un poder casi omnímodo sobre los integrantes de su grupo familiar; no podía ingresarse en el desempeño de los cargos públicos hasta que se habían cumplido los 30 años, y, para llegar a la consagración que suponía el consulado, el equivalente a nuestra presidencia del gobierno, había que tener 43 años, y haber pasado anteriormente¹ por una serie de cargos inferiores que progresivamente confirieran al hombre público una experiencia en todos los ámbitos necesarios para la actividad política. Bien es verdad que cuando el sistema de gobierno republicano entró en crisis, allá por el siglo I antes de nuestra era, en tiempos de César, de Cicerón y de Augusto, todo este sistema de valores se vino, en buena medida, abajo, pero de ello hablaremos más tarde, porque ahora vamos a centrarnos en las denominaciones romanas de las edades², para tratar de extraer de ellas algunas conclusiones sociológicas.

A simple vista, se diría que la situación romana es muy semejante a la que hemos visto en nuestra lengua. La existencia, en efecto, de tres términos³ como *puer*, de donde vienen nuestro *pueril*, *puericultura*, etc.; *adulescens*, étimo de nuestro *adolescente*, y *iuuenis*, de donde procede nuestro *joven*, parece corresponder exactamente a esa escala de edades que habíamos visto en nuestra lengua para secuenciar el grado aún en desarrollo ascendente de la vida de los hombres (*niño-adolescente-joven*), e incluso encontramos un término correspondiente a nuestro *bebé*, *infans*, que etimológicamente quiere decir “el que aún no habla”, y que se aplica a los niños muy pequeños. Contaban también los romanos con un término que designa, aparentemente, al viejo, *senex*, con el que se relaciona, por ejemplo, nuestro adjetivo *senil*. Y parece faltar, como en español, un término que designe a las personas de edad intermedia, que no son ya plenamente jóvenes, pero tampoco propiamente viejos. Sin embargo, las cosas se complican cuando empezamos a analizar a qué personas se aplica en latín cada uno de esos términos. Empecemos por *puer*, que sería el equivalente a nuestro *niño*, y que es el término que se emplea, en efecto, normalmente, para referirse a los niños. Su ámbito de aplicación se extiende entre los varones hasta los 17 años, edad en la que tenía lugar la ceremonia que marcaba el rito de paso del niño para dejar atrás la infancia e integrarse en la vida adulta⁴. A partir de ese día al niño se le considera ya hombre, y deja de llamársele *puer*. Se observará, por tanto, que *puer* abarca también la etapa de la vida que nosotros llamamos adolescencia. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que sólo al ciudadano romano dejaba de llamársele *puer* a partir de los 17 años; al esclavo, en cambio, podía continuar llamándosele *puer* toda

¹ Al menos en teoría, pues personalidades con la suficiente fuerza para ello, como Pompeyo o el futuro Augusto, pudieron imponer como casos excepcionales sus circunstancias personales específicas.

² El análisis más completo puede verse en Slusanski (1974).

³ Por razones de espacio, me ciño en este trabajo exclusivamente a las designaciones propias de los varones. A los lectores interesados por la contrapartida femenina los remito a mi análisis en Martín Rodríguez (2001).

⁴ La ceremonia tenía lugar en la fiesta de los *Liberalia*, que se celebraba el 17 de marzo en honor de Baco. Ese día el muchacho, arropado por todos sus familiares, vecinos y clientes de su padre, cuantos más mejor, acompañaba por primera vez a su progenitor al foro, centro de la vida cívica. Era ése el primer día que dejaba sus vestidos infantiles, y se ponía la ropa del hombre adulto, la toga.

su vida, porque nunca alcanzaba autonomía jurídica, y seguía siendo de por vida, a efectos legales, un menor de edad. Algo semejante ocurría en España, hasta no hace mucho, en el ámbito de profesiones consideradas subalternas. Así, no era raro llamar *niño* a un camarero, aunque se tratara ya de un padre de familia, como se decía entonces, hecho y derecho, y al que llevaba las maletas en las estaciones o puertos se le llamaba *un mozo*, fuera cual fuera su edad.

Ahora bien, si *puer* ocupaba el espacio vital que nosotros atribuimos tanto a la niñez como a la adolescencia, ¿quién era *adulescens*, y en qué se diferenciaba del *iuuenis*? Lo primero que debemos tener en cuenta es que la literatura romana, que nació en el siglo III a. C., se extiende a lo largo de varios siglos. Esto, que parece una obviedad, tiene su importancia en el asunto que tratamos. Porque, así como el término *puer* mantiene un ámbito de uso, un significado y una frecuencia de empleo uniforme durante siglos, no ocurre lo mismo con *adulescens* y *iuuenis*: en la llamada época arcaica, que abarca en literatura desde el siglo III hasta el I antes de nuestra era, el empleo de *iuuenis* es raro, sobre todo aplicado a personas, mientras que *adulescens* es el término común para designar a las personas adultas hasta bien pasados los cuarenta. En cambio a partir de la época de Augusto, es decir, a partir del último tercio del siglo I a. C., el término usual para designar a las personas adultas hasta pasada la cuarentena es *iuuenis*. *Adulescens* y *iuuenis*, por lo tanto, no designaban propiamente dos grados sucesivos en la edad, sino la misma edad en dos épocas históricas distintas, una edad, concretamente, que iba desde los 17 a los 46 años. Y a partir de los 46 años se le llamaba a uno *senex*, de modo que la vejez comenzaba, para los romanos, hacia la mitad de la cuarentena. Quizás se pregunte el lector por qué precisamente a los 46, y la respuesta es porque era precisamente a esa edad cuando los varones entraban, a efectos militares, en la reserva completa, y no podían ya ser movilizados. Pero esos 46 años no suponían algo semejante a nuestra jubilación: con esa edad, libre ya de la obligación de cumplir con deberes militares, era cuando el *senex* de las capas sociales más elevadas e influyentes podía volcarse en su actividad en el Senado, e influir de manera decisiva en los asuntos de la ciudad.

Recapitulando, el sistema de las designaciones de la edad no es, pese a las apariencias, igual en español y en latín. En español tenemos una oposición básica *joven-viejo*, en la que el primer término se subdivide en una secuencia progresiva *niño-adolescente-joven*, y falta un término para la edad intermedia entre *joven* y *viejo*. En latín, en cambio, tenemos una estructura de tres grados, con un término para el no adulto (*puer*) otro término para el viejo (*senex*), y un tercer término para la edad intermedia entre ambos, que durante la época republicana es *adulescens* y a partir de la época imperial pasa a ser *iuuenis*.

Ahora bien, la sustitución de un término por otro de una manera tan clara y tan fechable, como ocurre en el caso de *adulescens* y *iuuenis*, casi nunca es casual, y muchas veces es fruto de consideraciones políticas o sociológicas⁵. Podemos, pues,

⁵ Muchos de los lectores recordarán que en la época de Franco se rehuía el término *obreros*, que tenía un tinte desasosegante, como de peligro revolucionario, y se prefería en su lugar *operarios* u otros términos eufemísticos, hasta

plantearnos, si la sustitución de *adulescens* por *iuuenis* fue una sustitución inocente, o llevaba consigo una carga ideológica. Para responder a esta pregunta debemos analizar el momento preciso en que la palabra nueva empieza a aparecer con fuerza arrinconando a la antigua en su ámbito propio de aplicación. Esa situación se produjo, precisamente, con el principado de Augusto, tercero, después de la monarquía (721-509 a. C.), y la república (509-31 a. C), de los periodos en los que suele dividirse la historia romana. El Principado, también llamado Imperio (31 a. C.-476 d. C.), mantenía, de fachada, las instituciones y la libertad republicanas, pero era en realidad una dictadura militar encubierta. Durante el periodo republicano, el gobierno y la política romana estuvieron controlados por la oligarquía senatorial, compuesta por los miembros más prominentes de las grandes familias, que controlaban el Senado, integrado a su vez por personas ya de edad madura, con amplia experiencia de la vida política y militar. Pero la expansión militar de Roma y la defensa de sus fronteras descansaba sobre los hombros de los más jóvenes, siempre ansiosos por alcanzar parcelas de poder lo antes posible, aun a costa de arrebatárselas a los más viejos. *Adulescentes* es, pues, en este contexto, el nombre un poco despectivo que acuña la clase senatorial para referirse a los jóvenes, siempre impacientes por ocupar parcelas de poder para las que, en opinión de la oligarquía senatorial, no están aún preparados. Y digo despectivo porque *adulescentes*, propiamente, es el participio del verbo *adolesco*, que, como su heredero español *adolescer*, implica la carencia o falta de algo. Los *adulescentes*, por tanto, desde el punto de vista de la oligarquía senatorial, son unos adultos aún a medio hacer, a quienes les falta todavía un hervor, unos polluelos con el cascarón aún en el culo que quieren ya que se les confíe el cuidado del nido, y el que sea esta denominación despectiva la que se mantiene en los primeros siglos para denominar a las personas de una edad intermedia indica a las claras quién tenía la sartén por el mango durante el apogeo de la época republicana: la aristocracia senatorial ya entrada en años.

Pero en el siglo I a. C. todo el entramado político del sistema republicano, que había hecho de Roma la dueña del mundo, entra en crisis, y Roma se enzarza en una serie casi ininterrumpida de guerras civiles, que concluyen con la toma del poder por Augusto en 31 a. C. y con la instauración del nuevo régimen, el Principado, una dictadura encubierta, como dijimos, con el poder absoluto en manos de Augusto⁶. En éste, como en muchos dictadores, es fácil detectar un punto de esquizofrenia; aupado al poder por medios inconstitucionales, se convierte enseguida en un restaurador de las

llegar al extremo ridículo de sustituir la festividad de San José Obrero, luego Fiesta del Trabajo, celebrada el primero de mayo, por San José Artesano. Y hoy en día, aunque por razones distintas a las del franquismo, el término *obreros* prácticamente ha desaparecido del uso (salvo en las siglas del PSOE), sustituido por *trabajadores*.

⁶ Los intelectuales de la Antigüedad atribuían este desastre a razones morales: los romanos, al quedarse sin enemigos exteriores, habían abandonado las viejas costumbres de los antepasados, y la ambición y el deseo de dominar habían suplantado a la solidaridad y el patriotismo, y todo ello había desembocado en una serie de guerras civiles que venían a constituir una especie de castigo divino. Pero las causas, naturalmente, eran más profundas, y venían a confluir en el problema siguiente: el sistema republicano, con sus cambios constantes de gobierno, se había convertido en un corsé inadecuado para un estado que se extendía por medio mundo, y que requería un gobierno estable y duradero. Las guerras civiles, por tanto, no eran la causa de la crisis, sino sus síntomas, y sólo terminaron cuando Augusto se hizo con el poder y pudo mantenerlo hasta su muerte.

costumbres y del viejo orden. Pero, para que ello resultara creíble, había un punto que fallaba. El sistema tradicional romano primaba la experiencia, el ascender paso a paso, el no poder llegar a la cima del poder hasta haber alcanzado una edad madura y una experiencia en todos los temas. Hasta los 30 años había que ocuparse de los deberes militares, sirviendo como oficial en los ejércitos de Roma. Cumplida esa edad, llegaba la hora de la cuestura, que proporcionaba experiencia en la hacienda pública y en las tareas propias de la administración. Venía después la edilidad, que llevaba aparejada la organización de la vida ciudadana. A los 40, podía uno aspirar a la pretura, y encargarse de la administración de la justicia en Roma, o del gobierno de alguna provincia, y a los 43, por fin, si se habían desempeñado en su orden los cargos anteriores, y el electorado depositaba su confianza en uno, podía ocuparse el consulado, que constituía la cima del poder político. Pero la carrera de Augusto no se ajustaba a este modelo prototípico, pues al ocupar el poder absoluto sobre Roma que mantendría férreamente a lo largo de casi medio siglo tenía sólo treinta y dos años, y no había ocupado ninguno de los cargos previos y necesarios para llegar al consulado. Y, lo que es más importante, llevaba mandando ejércitos y desempeñando un papel de primer orden en Roma desde hacía más de un decenio.

Afianzado en el poder, Augusto comprendió que su mayor enemigo era precisamente la oligarquía senatorial, y se dio cuenta de que el nuevo régimen debía apoyarse en un nuevo grupo social, y que había que legitimar, además, de algún modo su juventud extrema, que contrastaba con el prestigio de la madurez en el sistema anterior. Muchos de los lectores recordarán, sin duda, la sorpresa que causó en España, cuando el presidente Arias Navarro dimitió a principios de julio de 1976, el que el Rey nombrara en su sustitución a Adolfo Suárez, en lugar de a alguno de los dinosaurios políticos que pululaban por las Cortes franquistas. Y aún mayor sorpresa causó que Adolfo Suárez se rodeara de gente de su edad, de modo que en la prensa afín al antiguo régimen se llamó a su equipo un *gobierno de penenes*, por analogía con los jóvenes profesores universitarios que aún no habían obtenido plaza fija. En lo que estos comentaristas, tal vez, no repararon era en que la edad de Adolfo Suárez y de sus ministros era una edad semejante a la del propio rey.

Por eso Augusto, y volvemos, ahora, a la antigua Roma, para legitimar de algún modo la anomalía de su edad, promovió un nuevo culto a la juventud y en su propaganda y en los escritos de los autores de su época empieza a utilizarse de manera sistemática el término *iuuenis* para designar al grupo intermedio de edad, grupo al que, precisamente, pertenecía el nuevo hombre fuerte de Roma. Y es que, así como *adulescens* era un término despectivo para designar a las personas aún a medio madurar desde el punto de vista de la generación ya mayor, *iuuenis* es un término de prestigio, pues se relaciona con una raíz que significa "vigor, fuerza". *Iuuenis*, por tanto, es la denominación desafiante que se da a sí misma la generación mediana, dominante ahora en la política romana, implicando que la generación ya mayor, cuya influencia había suplantado, no tenía ya el vigor ni la fuerza suficientes para ocuparse del gobierno. *Adulescens*, por tanto, deja de emplearse para designar de manera genérica al grupo de edad intermedio entre los niños y los viejos, pero no desaparece

del todo, y empieza a aplicarse ahora sólo a los más jóvenes de entre los *iuvenes*, es decir, a aquellos que se considera que no han alcanzado aún la madurez suficiente, y que por eso no deben tener demasiada prisa por adquirir relevancia pública; y ahí tenemos el embrión de nuestros *adolescentes*. Por otra parte, la generación que se perpetúa en el poder durante el largo gobierno de Augusto, y en especial el propio Augusto, no estaban en absoluto dispuestos a “pasar a la reserva” a la edad tradicional de los 46 años; tal vez haya que relacionar este hecho con la aplicación progresiva de *senex* a individuos cada vez de mayor edad, de modo que el límite a partir del cual acaba uno convirtiéndose en *senex* termina fijándose en los sesenta años; y ahí tenemos ya una correspondencia más aproximada entre el *senex* latino y el *viejo* castellano.

Parece pues, que el periodo más interesante de la historia de Roma, el de la crisis del sistema republicano, es, precisamente, el que se caracteriza por la quiebra del principio jerárquico tradicional que convertía a las personas de edad avanzada en los detentadores del poder y la influencia social en todos los ámbitos de la vida. No es sorprendente, por ello, que sea en ese periodo cuando escribe Cicerón su *De Senectute* (“Sobre la vejez”), un sugestivo tratado filosófico con el que intenta convencer y convencerse de las bondades de la edad avanzada. Aun cuando sería esperable que en una sociedad conservadora como la romana hubiera de tenerse a la vejez en la mayor estima, lo cierto es que, cuando, ya en plena crisis del sistema republicano, Cicerón, adalid del pensamiento tradicional y estadista que había llegado a lo más alto, se vio relegado de la vida pública por la dictadura de César, y convertido en un elemento decorativo en el panorama político romano, probablemente sintió que la vejez le había llegado, y que no era un estado tan feliz como el que había imaginado. La composición del *De Senectute* parece, desde este punto de vista, no tanto un elogio optimista y convencido de lo que hoy llamamos tercera edad, sino más bien un intento de convencerse de las bondades de la edad propecta, tal vez con la amargura callada del que comprende que son sólo las cosas que no son evidentes las que necesitan que tome uno la pluma para justificarlas.

Cicerón escribió probablemente el *De Senectute*, también llamado *Cato Maior*, entre los últimos meses del año 45 y los primeros del 44 a. C., poco antes del asesinato de César. La obra se dedica a Tito Pomponio Ático (109-32 a. C.), el epicúreo amigo íntimo de Cicerón (106-43 a. C.). Cicerón tenía entonces 62 años, y Ático 65, de modo que el *De Senectute* bien puede considerarse, desde un punto de vista elemental, la obra de un viejo dedicada a otro viejo, dándose ánimos para sobrellevar la vejez. Que el propio Cicerón sentía que había escrito la obra con estas intenciones, se desprende, en primer lugar, de lo que escribe a su amigo Ático en una carta fechada el 11 de mayo del 44: “Tengo que leer más a menudo el *Cato Maior* que te he enviado, pues la vejez me hace bastante amargo y me irrito de todo”⁷; en segundo lugar, de las líneas iniciales de la propia obra, donde se insiste en las bondades terapéuticas que supuso su

⁷ Cic. *Att.* 14, 21, 3; versión de Pimentel Álvarez (1997: IX), de quien hemos tomado las traducciones que empleamos del *De senectute*. De acuerdo con el sistema usual de citas de textos latinos, nos referimos a la obra en lo sucesivo como *Cato*, precisando a continuación el número de párrafo. Un útil comentario ofrece Powell (2000).

composición para el autor: "A mí, en verdad, me fue tan agradable la composición de este libro, que no sólo me disipó todas las molestias de la vejez, sino que también me hizo dulce y agradable la vejez", y en el alivio que supondrá su lectura para esos dos viejos que, pese a que se resisten a reconocerlo, son ya Cicerón y Ático: "En efecto, de esta carga de la vejez, que me es común contigo, la cual, o ya nos oprime, o ciertamente no cesa de acercarse, quieres que tanto tú como también yo mismo seamos aliviados" (*cf. Cato 2*).

Aunque conocemos otros tratados anteriores sobre la vejez, que tal vez nuestro autor tuvo en cuenta al componer su obra, como los de Teofrasto o Demetrio Falereo, o el de un tal Aristón, al que el propio Cicerón hace referencia⁸, sólo el tratado ciceroniano ha llegado hasta nosotros. Como el mismo Cicerón explicita, el autor, siguiendo la estela de Platón, no expresa sus opiniones de manera directa y en primera persona, sino que presenta un diálogo ficticio que tuvo lugar supuestamente en 150 a. C. entre el prestigioso y ya octogenario Marco Porcio Catón (234-149 a. C.), que actúa como interlocutor principal y expone las ideas del propio Cicerón, y los jóvenes Escipión Emiliano y Lelio, que podrían tener entonces entre 25 y 30 años, quienes se admiran de lo bien que sobrelleva Catón las penalidades de la vejez, y le piden que les enseñe "por qué medio podemos sobrellevar muy fácilmente la edad que se va haciendo pesada" (*Cato 6*). Tal vez un poco molesto por esa insistencia de los jóvenes Escipión y Lelio en la condición de carga pesada que se atribuye a la vejez, Catón se dedica, antes de presentar de manera sistemática su opinión sobre el tema, a desmontar una serie de tópicos irracionales sobre la edad propecta. Con respecto a que la vejez es una edad pesada, pesada, responde Catón, puede ser cualquiera de las edades, siempre que no se disponga de medios suficientes para vivir bien. Por otra parte, es propio de necios quejarse de la vejez, porque todo el mundo desea ardientemente alcanzarla, y, una vez que lo han conseguido, se quejan de ello (*ib. 4*). Es verdad que son los viejos quienes más critican su propio estado, y ello por dos razones principales, porque no pueden ya, como cuando eran jóvenes, entregarse a los placeres, y porque ya nadie los toma en consideración, ni cuentan con ellos para nada (*ib. 7*). Pero no es justo achacar esta postergación a la vejez, pues entonces afectaría a todos los viejos, lo que no es el caso: ¿cómo explicar entonces, en efecto, que dos jóvenes como Escipión y Lelio vengan a oír y a tomar lecciones de un viejo de 84 años, como el propio Catón? La culpa, por tanto, no es de la vejez, sino de las costumbres; si los viejos quieren que se les respete y aprecie, tienen que comportarse de una manera digna de respeto y de aprecio, y no de forma intemperante e impertinente (*ib. 7*). También hay jóvenes, por lo demás, con los que nadie cuenta ni quiere tratos, por causa de su mal carácter y de sus malas costumbres. Y hay ancianos que continúan disfrutando de una vida activa o productiva hasta la edad más avanzada, como el glorioso Quinto Fabio Máximo, el salvador de Roma frente a Aníbal, al pie del cañón hasta su muerte, Isócrates, que

⁸ "Mas he puesto toda la exposición, no en labios de Titón, como lo hizo Aristón de Ceos —pues habría poca autoridad en una fábula— sino en los del viejo Marco Catón, para que el discurso tuviera mayor autoridad. Junto al cual pongo en escena a Lelio y a Escipión, admirándose de que él sobrelleve tan fácilmente la vejez, y él respondiéndoles a éstos" (*Cato 3*).

compuso su *Panatenaico* a los 94, o el filósofo Gorgias, que vivió hasta los 107 años en plenas facultades mentales, y entregado a la lectura y la escritura. De modo que sólo “los insensatos achacan a la vejez sus propios vicios y su propia culpa” (*ib.* 14). Es también una falacia pensar que la vejez llega demasiado rápido, porque todas las edades, y no sólo la vejez, pasan demasiado rápido (*ib.* 4). Y, en fin, la naturaleza es sabia, y si ha planificado la vida de los seres vivos con detalle, es difícil pensar que se haya descuidado precisamente en el último acto, como les pasa a los malos dramaturgos (*ib.* 5).

Una vez que Catón, es decir, Cicerón, se ha despachado a gusto con los tópicos que circulan entre el vulgo inculto sobre los males de la vejez, se apresta, ahora, a refutar las cuatro causas por las que parece miserable. La primera es porque aparta de la correcta administración de los negocios y de los propios asuntos. Pero, se pregunta Catón, ¿de cuáles? ¿Es que son sólo negocios los que requieren un máximo de esfuerzo físico? ¿No hay negocios que, aunque estén debilitados los cuerpos, puedan ser administrados por un anciano? ¿Y qué diríamos, entonces, de Apio Claudio, que además de anciano era ciego, que consiguió hacer ceder la opinión dominante en el senado de hacer la paz con Pirro, y llevó a Roma a la victoria? El anciano, al contrario, no sólo no debe ser apartado de los negocios particulares, sino menos aún de los públicos, donde debe ocupar una posición tan importante como la del timonel en el barco:

Nada, pues, aducen los que niegan que la vejez se ocupa en administrar un negocio: y es lo mismo que si algunos dijeran que el piloto nada hace al navegar, puesto que unos suben a los mástiles, otros corren de allá para acá por el puente, otros vacían la sentina, mas él, sujetando el timón, está sentado quieto en la popa: no hace lo que los jóvenes, pero sí hace cosas mucho mayores y más importantes. Las grandes acciones no se ejecutan con las fuerzas o con la agilidad o celeridad de los cuerpos, sino con la sabiduría, con la autoridad, con el pensamiento; cosas de las cuales ordinariamente no sólo no está privada la vejez, sino que inclusive se enriquece con ellas (*Cato* 17).

En ningún otro texto vemos más clara la posición de la antigua oligarquía senatorial sobre el papel social que correspondía a cada uno de los grupos de edad en Roma. Los jóvenes, sí, son los que actúan, pero son los viejos quienes tienen que guiarlos y manejarlos. Y el propio Catón, de brillante ejecutoria pública durante su época activa, considera más prominente la que realiza ahora que está ya retirado de la acción directa (*Cato* 18). Dejar el poder en manos de los jóvenes, por otra parte, es peligroso, como puede comprobar cualquiera que se moleste en leer los libros de historia (*ib.* 20), porque la temeridad es propia de la edad floreciente, pero la prudencia es el fruto de la edad madura. Es verdad, concede, que la memoria se pierde, pero sólo si no se ejercita; nunca se ha visto que un viejo haya olvidado dónde ocultó un tesoro, ni quién le debe dinero, y los jurisconsultos, augures o pontífices, son, cuando les ha llegado la edad tardía, un pozo de saberes y una guía para sus colegas más jóvenes; y es que “Permanecen los ingenios en los viejos, si es que permanece su dedicación e industria...” (*Cato* 22).

El segundo problema de la vejez es que hace más débil el cuerpo. Aunque bien podría decirse que también hay jóvenes débiles, concede Catón este hecho evidente, que ve en su propia persona, pero se muestra orgulloso de no haber claudicado ante ello, y de haber mantenido un nivel de actividad digno y adecuado a sus fuerzas presentes⁹. Con un punto de vista muy moderno, piensa Catón que la vejez hay que aceptarla cuando llega, pero que no hay que ser viejo antes de tiempo¹⁰, e incluso afirma que hay que resistirse a la vejez, y luchar contra ella como si fuera una enfermedad, para lo cual da algunos consejos muy saludables, que no nos resultan hoy extraños: “practicar ejercicios moderados, emplear sólo la comida y bebida necesarias para que se rehagan las fuerzas, y ejercitar, además, por supuesto, la mente y el alma” (*Cato* 36). En todo caso, la fuerza física es siempre algo relativo, y es un bien que debe usarse en la medida en que se posee (*ib.* 27). Además, si la naturaleza ha constituido en la vida de los hombres varias etapas, en las que predominan diversas características físicas, el hombre sensato debe ajustarse a ella. Por otra parte, si es verdad que la vejez supone una mengua de las fuerzas, no debe ello implicar un menoscabo social para el anciano, porque “tampoco se le exigen fuerzas a la vejez” (*Cato* 34). Y, aun suponiendo que la falta de fuerzas en la vejez sea una rémora, la culpa muchas veces no es de la propia vejez, sino de haber llevado una juventud disipada (*ib.* 29). Una nota muy moderna encontramos al final de este apartado. La vejez, se nos dice, es una situación enteramente digna, y hasta honorable, pero sólo cuando se mantiene una actitud independiente y autosuficiente en la medida en que sea ello posible, y de ningún modo entreguista: “... la vejez es honorable sólo si se defiende a sí misma, si mantiene sus derechos, si no está sujeta a nadie, si, hasta el último aliento, domina sobre los suyos” (*Cato* 38), y sólo aquellos que, pese a las limitaciones físicas, se sientan espiritualmente jóvenes podrán resistir a los estragos de la edad y del paso del tiempo: “... así como a un joven en el cual hay algo de viejo, así apruebo a un viejo en el cual hay algo de joven; quien esto sigue podrá ser viejo en el cuerpo, nunca lo será en el alma” (*ib.*).

A la tercera de las objeciones que suelen echársele a la vejez en cara responde Cicerón de una manera no demasiado convincente. ¿Que nos priva de casi todos los placeres? Pues mucho mejor, pues nos quita lo más vicioso de la juventud. Es verdad que los estómagos de los viejos no pueden ya resistir las comilonas ni la profusión de copas, pero así se evitan la embriaguez, la indigestión y el insomnio (*ib.* 44), y nada impide deleitarse con módicos festines, en los que el plato fuerte sea la conversación, y no la comida o la bebida. Y están, además, los placeres del espíritu y el cultivo a pequeña escala de la agricultura o la jardinería, actividad que Catón considera que se acerca muchísimo a la vida del sabio (*ib.* 51). De los placeres más estrictamente físicos, en aquellos tiempos en que no existía aún la viagra, no se nos dice gran cosa,

⁹ “Tengo ochenta y cuatro años... ciertamente no tengo esas fuerzas que tuve o como soldado en la guerra púnica... o como cónsul en España..., mas, sin embargo, no me derribó la vejez; no echa de menos mis fuerzas la curia, no la tribuna, no los amigos, no los clientes, no los huéspedes” (*Cato* 32).

¹⁰ “... nunca he asentido a aquel antiguo y alabado proverbio que aconseja hacerse pronto viejo si se quiere ser viejo largo tiempo. Yo, por mi parte, menos quisiera ser viejo largo tiempo que ser viejo antes de serlo” (*Cato* 32).

aunque se insiste (*ib.* 64) en que no hay placer del cuerpo que pueda compararse con el reconocimiento que se concede a los ancianos, y que se traduce en gestos que parecen de poca importancia, pero resultan sumamente gratificantes: “En efecto, son honrosas estas cosas mismas que parecen leves y comunes: el ser saludados, el ser buscados, el que se nos ceda el paso, el que se levanten los demás ante nosotros, el ser escoltados, el ser reconducidos, el ser consultados...” (*Cato* 63). Pero estos signos de reconocimiento no son honores que corresponden a la edad propecta como una sopa boba, sino que están en función de las costumbres de que haga gala el anciano, y de los merecimientos de que se haya hecho acreedor cuando era aún joven (*ib.* 62). Es verdad, concede Catón (*ib.* 65), que los viejos son con frecuencia iracundos e intratables, pero también hay jóvenes que son así, y viejos que no lo son de ningún modo. Catón hace alusión al afable y comprensivo Mición, uno de los dos viejos protagonistas de los *Adelphoe* de Terencio, cuyo comportamiento con su hijo adoptivo tanto dista del prototipo del anciano airado de las comedias:

Le eduqué, lo tuve conmigo, le amo como si fuese mío, hice de él objeto de mis alegrías: en él tengo puesto todo mi afecto, y me esfuerzo en serle tan caro como él me lo es a mí. He sido espléndido, benigno, y no he considerado necesario fiscalizar sus actos. Así, le he acostumbrado a revelarme cosas de mozos que los otros ocultan a sus padres (Ter. *Ad.* 47-54; Voltes 1976: 274-275).

Y nosotros podríamos añadir al viejo vividor Periplectómeno, del *Miles Gloriosus* plautino:

Yo todavía conservo un poco de amor y vigor en mi cuerpo y todavía no estoy tan seco como para haber renunciado a todas las diversiones y todos los placeres. Yo puedo ser a la vez un agudo bromista y un agradable compañero de mesa. Yo no interrumpo la palabra a nadie en los convites; sé muy bien abstenerme de molestar a ningún comensal y sé hablar cuando me toca y callar cuando me corresponde, si está hablando otro. No tengo el vicio de escupir ni de expectorar ni se me caen jamás los mocos de la nariz (Plaut. *Mil.* 639-647; Bravo 1995: 110).

Sin embargo, el teatro del prudente y moderado Terencio no está falto de ancianos y ancianas que opinan que sus buenos tiempos han pasado, y que su única función en la vida es dejar sitio a la generación que viene por detrás. Así, en la agridulce comedia *La Suegra*, la anciana Sóstrata, madre del atormentado Pánfilo, creyendo, infundadamente, que su nuera se ha marchado de casa porque la odia, se ofrece a dejar la morada en la que ha transcurrido su vida, y marcharse al campo, para dejar terreno libre a la pareja de recién casados. El joven Pánfilo, presa de la mala conciencia, no quiere que su madre, por culpa suya, deje de ver a sus parientes y amigas, y renuncie a sus días de regocijo, pero Sóstrata le replica:

Ninguna de estas cosas me da ya contento alguno. Mientras mis años me lo permitieron, ya gocé bastante de eso y estoy saciada de estos afanes. Lo que ahora más procuro, es que mis muchos años no den pena a nadie, ni que nadie desee ver el fin de mis días. Veo que aquí soy sin razón aborrecida. Tiempo es ya de dejar lugar (Ter. *Hec.* 593-597; Voltes 1976: 256).

¿Cómo no ver en estas palabras resignadas de Sóstrata un paralelo con tantos abuelos de ahora, dispuestos a marcharse a residencias, para no ser un estorbo, o a sacrificar una vida todavía saludable cuidando de los nietos, mientras los padres trabajan, viajan, o, simplemente, hacen sus vidas? Y el propio esposo de Sóstrata, el anciano Laques, perpetuamente en desacuerdo con su compañera, cierra filas, en este único caso, con ella, y confirma a Pánfilo que su opinión al respecto es la misma: “Esta edad es pesada para la gente moza y es justo dejarles lugar. En suma, que nosotros no somos ya sino, Pánfilo, 'un viejo y una vieja', como en la fábula” (Ter. Hec. 619-621; Voltes 1976: 257-258).

Pero el teatro del más vitalista y desenfadado Plauto, en cambio, ofrece con frecuencia la figura del viejo que se resiste a claudicar, que quiere seguir vistiendo y perfumándose a la moda, y disfrutando de la vida como un joven, y que no siente empacho alguno en cortejar a hermosas muchachas, aunque haya de rivalizar para ello con su propio hijo, como el Demeneto de *Asinaria*, el Lisidamo de *Casina*, o el Demifonte de *Mercator*. Es verdad que todos ellos, en último término, fracasan, y se convierten en objeto de burlas y risas, pero es probable que ninguno de ellos en su fuero interno lamentara el haberlo, por lo menos, intentado. En boca del anciano plautino Demifonte, por cierto, que se ha procurado una linda esclavita a escondidas de su esposa, encontramos una valiente y cínica defensa de la entrega a los placeres en la tercera edad, que considera, en contra de la opinión general de su época, la más adecuada para el amor y las diversiones, actitud en la que creemos encontrar un primer germen de lo que podríamos llamar la “filosofía del IMSERSO”:

He comprado a mi amiga a escondidas de mi mujer y de mi hijo. Estoy decidido. Volveré a las andadas y me cuidaré. Poco tiempo ya me queda de vida. Me entregaré a los placeres del vino y del amor para alegrar mis días. Pues a la edad que yo tengo es cuando resulta más razonable darse a la buena vida. Cuando eres joven y te hierve la sangre, no queda más remedio que dedicarse a ganar dinero. Así que al final, cuando ya eres viejo, es cuando debes entregarte al ocio y hacer el amor, mientras puedas. A esta edad, ya puedes darte por satisfecho con estar vivo (Plaut. Merc. 544-554; Bravo 1995: 44).

Pero no conviene hacerse ilusiones, y de lo que opinaba la gente en general sobre este asunto, y del trato que recibían estos enamorados prepósteros puede darnos una idea adecuada el siguiente texto de Tibulo:

Yo he visto a quien se burlaba de los desdichados amores de los jóvenes, después, ya viejo, doblegar su cuello bajo las cadenas de Venus, decirse a sí mismo halagos con voz temblorosa y querer arreglar su cano cabello con las manos; y no le avergonzó montar guardia ante sus puertas o abordar en mitad del foro a la esclava de su amada. A éste los muchachos, una compacta muchedumbre de jóvenes, lo golpea y cada uno le escupe sobre el venerable regazo (Tibull. 1, 2, 91-98; Arcaz 1994: 81).

Queda, en fin, la cuarta de las causas que concitan el odio contra la vejez, la cercanía de la muerte. No puede, tampoco, negar Catón esta evidencia, pero sí trata de minimizarla con argumentos tan consabidos como poco tranquilizadores: “si la muerte extingue del todo el alma, debe mirarse con indiferencia; si nos lleva a un estado mejor de felicidad eterna, debe mirarse incluso con agrado” (*Cato* 66). Además, ¿quién es tan

necio, por muy joven que sea, que esté seguro de que vivirá hasta la tarde? E incluso, si se mira bien, más ocasiones de muerte tiene la juventud que la vejez, no sólo por su mayor participación en los conflictos, sino también por su mayor exposición y vulnerabilidad a las enfermedades. Y, lo que es más importante, el viejo, en todo caso, puede jactarse de haber conseguido, y disfrutar aún, de lo que el joven más ansía, vivir largo tiempo.

En conclusión, el *De Senectute* es un testimonio de primera mano de la opinión de la llamada oligarquía senatorial, que controló la política y la ideología romana durante cinco siglos, sobre el papel destacado que deben tener las personas de edad en la vida pública, y, a la vez, un indicio de su quiebra, porque sólo se toma uno la molestia de defender lo que ya ha dejado de ser un principio aceptado y de tener una vigencia plena. Escrita por un brillante estadista en plena situación de relegación, desbordado por unas fuerzas políticas que ya no entiende ni controla, es a su vez un intento de ofrecerse y ofrecer a sus coetáneos un asidero sólido para seguir sintiéndose útiles, dignos y socialmente importantes, y encierra, además, una serie de ideas válidas para el mundo de hoy, en el que tanto se insiste en que la tercera edad no puede ni debe relegarse ni ser relegada a una ociosidad inerte e incapaz, lecciones sobre las que el lector estoy seguro de que habrá hilado ya sus reflexiones a lo largo de estas páginas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CICERÓN, Marco Tulio (1997) *Catón el Mayor: de la vejez. Lelio: de la amistad*. Introd., ed., trad. y notas de Julio Pimentel Álvarez. México, UNAM.
- (2000) *Cato Maior de senectute*. Ed., Introd. and Comm. by J. G. F. Powell. Cambridge, Cambridge University Press.
- CURTIUS, Erns Robert (1981 [1948]) *Literatura europea y Edad Media Latina*. Trad. de Margit Frenk Alatorre y Antonio Alatorre. Madrid, F. C. E.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, Antonio María (2001) “Les noms de la femme en latin: essai d’analyse structurale”. En: Claude Moussy (ed.) *De Lingua Latina Novae Quaestiones. Actes du Xème Colloque International de Linguistique Latine*. Lovaina – París, Peeters: 847-858.
- PLAUTO, Tito Macio (1995) *Comedias. II*. Ed. y trad. de José Román Bravo. Madrid, Cátedra.
- SLUSANSKI, Dan (1974) “Le vocabulaire latin des *gradus aetatum*”. *Revue Roumaine de Linguistique* (Universidad de Bucarest). 19 (2-3-4-5-6): 103-121; 267-296; 345-369; 437-451; 563-578.
- TERENCIO AFRICANO, Publio (1976) *Comedias*. Trad. y pról. de Pedro Voltes Bou. Barcelona, Iberia.
- TIBULO, Albio (1994) *Elegías*. Introd., trad. y notas de Juan Luis Arcaz Pozo. Madrid, Alianza.